

negóse á la escitacion que las córtés de sus reinos le dirigieron para que se volviere á Cataluña, donde ya se hacia sentir la larga ausencia de su soberano. Tan empeñado se hallaba el aragonés en esta guerra, que ya ni admitió la mediacion que el papa le ofrecia para entrar en conciertos con el de Anjou, ni accedió á lo que le proponia su buen aliado el duque de Milan, á saber, que ambos retirasen los embajadores que tenian en el concilio de Basilea, cosa que hubiera podido desbaratar aquel concilio, y habria complacido sobremanera al papa.

Gran contratiempo fué para él el arribo de una flota genovesa al puerto de Nápoles, y mayor el de haberse apoderado del Castillo Nuevo, que tantos años hacia estaba por los aragoneses, sin que le valiera ni el heroico esfuerzo de sus defensores, ni el socorro de galeras y de bastimentos que él procuró enviarles desde Gaeta. El castillo fué entregado á los embajadores de Francia, los cuales le pusieron luego en poder del de Anjou (1439). Pero la fortuna le indemnizaba de esta pérdida por otro lado. Las ciudades y castillos de Aversa y de Salerno se rendian á sus armas, los condes y señores de la casa de San Severino se reducian á su obediencia, y la muerte inesperada de su enemigo mas terrible Jacobo de Caldora, el mejor y mas valiente capitán de sus tiempos, le libertaba de un grande adversario. Los hijos de este Caldora llegaron á desavenirse con el de Anjou, y

despues de haberle puesto en el caso extremo de salirse de Nápoles á pié, y andar de noche por desusadas veredas corriendo mil peligros para ir á reunirseles y prevenir una escision, vióse en nuevos riesgos con los soldados mismos de Antonio Caldora, duque de Bari, y no pudo evitar que ellos y su caudillo entrasen en secretas pláticas con el rey de Aragon, y que acabaran por pasarse á sus banderas (1440). De tal manera iban combinándose las cosas en favor del monarca aragonés, que escribia á la reina su esposa manifestándole la mayor confianza de salir victorioso en su empresa, y dando toda la preferencia á la guerra de Nápoles, dejaba á sus hermanos el rey don Juan de Navarra y el infante don Enrique que atendiesen por sí solos á las cosas de Castilla (1).

En la cuestion del nuevo cisma que se habia suscitado en la Iglesia conducíase Alfonso de Aragon con la reserva y la política tan propias de los monarcas aragoneses. El concilio de Basilea habia llevado su animosidad á Eugenio IV. hasta el extremo de despojarle de la tiara, nombrando en su lugar á Amadeo, duque de Saboya, que voluntariamente habia renunciado á las cosas del siglo y retirádose á hacer vida eremítica, el cual tomó el nombre de Felix V. El rey

(1) Por este tiempo fué la sublevacion de los grandes de resultas de la prision del adelantado Pedro Manrique por don Juan II., la entrada de aquellos dos príncipes en Castilla, la concordia de Castronuño, el destierro de don Alvaro de Luna, y la restitucion de sus estados á los infantes de Aragon, que dejamos referido en el capítulo precedente.

de Aragon habia tenido la cautela de hacer retirar sus embajadores del concilio antes de la terminacion del proceso, para que no tuviesen parte ni en la deposicion de Eugenio ni en la eleccion de Felix, y quedar él en aptitud y disposicion de guardar ó aparentar neutralidad entre los dos papas Eugenio y Felix, al modo de su abuelo el rey don Pedro cuando ocurrió el cisma entre los dos pontífices Urbano y Clemente. Asi fué que al principio trató al mismo tiempo con el papa Eugenio, con el concilio de Basilea y con el intruso Felix, sin declararse por ninguna de las partes, como quien esperaba que la iglesia católica decidiese á quien se habia de obedecer, ó acaso con el fin de adherirse á aquel de quien calculase sacar mejor partido. Desgraciadamente parece que el monarca aragonés miró menos en este caso á sus creencias que á sus intereses, menos á la conveniencia de la unidad religiosa que á su conveniencia política, si es cierto lo que dice el juicioso y desapasionado cronista de Aragon, que prometió al intruso Felix acompañarle con sus galeras hasta ponerle en su silla pontifical como á verdadero y universal pastor de los fieles, con tal que le confirmára la adopcion y donacion del reino de Nápoles hecha en él por la reina Juana, ó la otorgára de nuevo para él y sus sucesores ⁽¹⁾. Creemos sin embargo, por nuestra parte que si tal ofreció el rey don Alfonso, no lo hacia con la intencion de cumplirlo, si-

(1) Zurita, Anal. de Aragon, lib. XV. c. 4.

no con el fin de intimidar por este medio al papa Eugenio y retraerle de contrariar su empresa y de dar favor á sus enemigos.

Iba entretanto ganando terreno cada día la causa del rey de Aragon en Italia. La adhesion definitiva del duque de Bari y de toda la familia de los Caldoras le dió un gran refuerzo, asi como dejó quebrantado el partido del duque de Anjou. La rendicion de la importante ciudad de Benevento (1441) le fué de una utilidad inmensa no solo para las cosas del Abruzzo sino para la conquista de todo el reino. La toma de esta y de otras plazas le facilitó poder ayudar al duque de Milan, su mas íntimo aliado, para la invasion de la Marca y demas tierras ocupadas por el conde Francisco Sforza, su enemigo mas poderoso; y hasta pensaba en llevar la guerra por mar á los venecianos y florentinos, sin dejarse seducir por las capciosas proposiciones de concordia que los embajadores de la señoría de Florencia le hacian. Infatigable y activo el aragonés se entró por la Capitanata y tierras de la Pulla contra el conde Sforza, á quien el papa Eugenio favoreció ya abiertamente enviándole el cardenal de Tarento con el ejército de la Iglesia. Despues de algunos triunfos mezclados con pequeños reveses alcanzó Alfonso una señalada victoria contra la gente de Sforza al pie de los muros mismos de Troya en la Pulla, haciendo prisionero al conde de Celano y á otros ilustres barones. Pero surgíanle otras nuevas y mayores

dificultades que vencer. Cuando ya parecía anonada- do el duque de Anjou, su principal competidor, y aun se dudaba si estaba en el reino ó en Provenza, al ver la prosperidad con que marchaban las cosas por parte del rey de Aragon, formóse contra él una gran liga, en que entraron el papa Eugenio, las señorías de Venecia, Florencia y Génova y la mayor parte de los potentados de Italia, no ya solo para impedirle la conquista de Nápoles, sino para lanzarle del territorio italiano. Diez mil soldados le fueron enviados al cardenal de Tarento al mando de Juan Antonio Urbino, conde de Tagliacozzo, con los cuales sojuzgó todo el condado de Albi. Aun mas que esto desconsoló al rey don Alfonso el saber que su íntimo aliado el duque de Milan, que habia ofrecido casar su hija Blanca con el infante don Enrique hermano del rey, trataba de casarla con el conde Sforza, el mayor enemigo de entrambos. Y mientras el rey le pedia esplicaciones y le rogaba que le descifrase aquel misterio, se realizaba y cumplia aquel extraño matrimonio. Daba por excusa el milanés haberlo hecho por necesidad, y aconsejaba al rey que procurára concordarse con Sforza, con el papa Eugenio y con los demás confederados.

Nunca Alfonso V. de Aragon, se mostró, ni mas animoso, ni mas noblemente altivo, ni mas grande que en esta ocasion, en que se conjuraban contra él todos los enemigos, y los mas amigos parecia desampararle. Su heroica resolucion la mostró en la res-

puesta que dió al de Milan: «Decid al duque, le dijo
 »á su embajador, que le agradezco sus buenos con-
 »sejos, pero que no pienso usar dellos de presente.
 »Porque cuando partí la postrera vez de Cataluña ha
 »cerca de diez años para emprender los hechos deste
 »reino, hícelo ya con conocimiento y deliberacion de
 »que, no solamente el papa y la casa de Sforza, sino
 »por ventura toda Italia me sería enemiga, y por eso
 »mismo me sería forzado hacer rostro á cuantos me
 »quisieren ser adversarios en esta empresa, y por este
 »respecto á poner en peligro mi persona, estados,
 »reinos y bienes..... Decid, pues, al duque, añadia,
 »que se dé buena vida y tenga buen ánimo, que yo
 »espero que sin inteligencia ni amistad del papa, ni
 »del conde Francisco, ni de venecianos y florentinos
 »me habré de dar buena maña en la empresa que
 »traigo entre manos de la conquista deste reino, y me
 »defenderé de cada uno dellos y aun de todos juntos,
 »porque tarde se han juntado y unido para lanzarme
 »dél, y habiéndome dejado llegar tan adelante, y co-
 »nocerán que tienen que habérselas con un rey.....
 »Espero, concluia, que pronto habrá buenas nuevas,
 »y crea verdaderamente que siempre que el caso lo
 »requiera haré por él mas que por otro príncipe del
 »mundo.»

Pero la prueba mas elocuente de que no le intimidaba la liga, fué ponerse sobre Nápoles y cercar la ciudad. Sorrenta, Puzol, lo principal de la Cala-

bria fué sometido al rey de Aragon, y allí comenzó el infante don Fernando su hijo á mostrar su esfuerzo y valor que daba esperanzas de que habia de semejarse á su padre. Llegó á poner la ciudad en tal aprieto y extremo cual no se habia visto nunca, y era menester que los napolitanos amasen mucho á Renato de Anjou para que sufriesen por él tanta miseria y tantos padecimientos, padecimientos de que en verdad participaba él discurriendo de día y de noche por la ciudad, solo ó poco acompañado, y proveyendo á todo. En tan críticas circunstancias, tan instable y versátil el capitán Antonio Caldora como la mayor parte de los príncipes italianos de aquel tiempo, se rebeló otra vez contra el rey por instigación del noble Sforza ⁽¹⁾. Sostenian á los napolitanos los socorros que de cuando en cuando les llegaban de Génova, pero reforzándose cada día con nuevas naves la armada de Aragon, se cerró la entrada á los buques genoveses. Continuaban no obstante defendiéndose los sitiados con valerosa resolución, hasta que un cuerpo de aragoneses penetró en la ciudad por una mina ó acueducto subterráneo, el mismo por donde habia entrado el gran Belisario en tiempo del emperador Justiniano. Entonces don Alfonso de Aragon mandó

(1) Es admirable la poca fé y la ligereza con que los príncipes de Italia mudaban de partido. El conde de Caserta en el espacio de dos años habia militado en cinco diferentes y contrarias banderas, pa-

sándose de unas á otras, y los soberanos los recibian siempre, acostumbándose á tenerlos como auxiliares mercenarios por el tiempo que quisiesen servirles.

combatir y escalar la ciudad, empeñándose una reñida y brava pelea, en que el duque de Anjou luchó personalmente con el arrojo de la desesperacion, hasta que envueltos por todas partes los suyos tuvieron que retirarse al Castillo Nuevo. La ciudad fué puesta á saco, y hubiera sido del todo robada si entrando el rey no hubiera mandado á público pregón y bajo pena de la vida que cesára el pillage, se respetára el honor de las mugeres y se tratára con clemencia y humanidad á los vencidos. Quedó, pues, en poder de don Alfonso V. de Aragon (2 de junio, 1442) aquella importante ciudad, para cuya conquista habia empleado por espacio de veinte años todas sus fuerzas de mar y tierra, pasado mil trabajos y expuesto su persona á todo género de peligros, que fué causa de que estimase mas aquella sola ciudad que todos sus reinos y estados, y que la amase como á su propia patria.

A los pocos días de la entrada del ejército aragonés en Nápoles, el duque de Anjou se fugó del castillo en un navío de Génova, y los de Aragon cercaron el Castillo Nuevo y el de San Telmo. El rey don Alfonso salió á combatir á los Caldoras, que tuvieron la temeridad de aceptar la batalla contra un príncipe vencedor y poderoso. En ella fué derrotado y hecho prisionero el rebelde Antonio Caldora, duque de Bari, despues de haber peleado como gran capitán, como buen caballero y como valeroso soldado. El magnáni-

mo Alfonso tuvo la generosidad de perdonarle sus yerros pasados y de restituirle la libertad, que fué una de las mas señaladas grandezas del monarca aragonés. Despues de este triunfo en Sassano procedió á someter la provincia del Abruzo, que redujo casi toda. Aproximándose el invierno y siendo aquella comarca destemplada y fria, pasó á la Capitanata, y cobró lo que habia quedado fuera de su obediencia en la Pulla. Hizo seguidamente lo mismo en Calabria. El duque de Anjou se habia refugiado á Florencia donde se hallaba el papa Eugenio, el cual le dió entonces la investidura del reino de Nápoles, precisamente cuando acababa de ser espulsado de él. Harto conoció el destronado príncipe lo inoportuno de la concesion pontificia, y en prueba de la poca apreciacion que hacia de una honra otorgada tan fuera de sazón, y sentido al propio tiempo de la poca eficacia con que Sforza y otros capitanes de Italia le habian ayudado, dió orden para que los castillos Nuevo y de San Telmo se entregasen á los aragoneses, y él se retiró á la Provenza. Todos los de la liga, incluso el pontífice Eugenio, andaban ya procurando, por mediacion del duque de Milan, concordarse y avenirse con el victorioso monarca aragonés. Admitió Alfonso y aun dió mando en su ejército al valeroso caudillo Nicolò ó Nicolás Picinino; entretuvo muy políticamente al de Sforza, todo de acuerdo con el de Milan, y se mostró dispuesto á entrar en concordia con el papa. Con esto y

con tener ya subyugado casi todo el reino, determinó Alfonso hacer su entrada solemne en Nápoles.

Para la entrada triunfal de Alfonso V. de Aragon en Nápoles prepararon los que tenian el gobierno de la ciudad magníficas y pomposas fiestas al modo de las que se hacian á los antiguos triunfadores romanos. Hicieron derribar hasta cuarenta brazas del muro, concurrieron á acompañarle todos los príncipes y barones del reino, y el 26 de febrero de 1443 entró el rey don Alfonso en Nápoles en un carro triunfal tirado por cuatro caballos blancos, en medio de las aclamaciones de un pueblo que tanto tiempo le habia resistido, y confundiéndose las demostraciones de júbilo de los vencidos y de los vencedores. Alfonso dió un nuevo testimonio de su liberalidad y su grandeza, concediendo y publicando indulto general para todos sus antiguos enemigos sin escepcion, y recompensando largamente á sus fieles y leales servidores. Congregó el parlamento general del reino; propuso y se adoptaron en él medidas de gobierno y de administracion: y á propuesta y peticion de los mismos grandes y barones declaró al infante don Fernando su hijo bastardo, duque de Calabria y heredero y sucesor suyo en aquel reino (1).

(1) No tenia entonces, ni tuvo despues el rey don Alfonso hijos legítimos de la reina doña María. Este don Fernando, á quien su padre hacia llamar infante, era bastardo, y no se supo con certeza quién fuese su madre. Juan Joviano Pontano refiere sobre esto variedad de opiniones, inclinándose él á que lo habia sido la infanta doña Catalina, cuñada del rey. El papa Calisto, que fué enemigo de-

Hasta entonces habia estado don Alfonso entreteniéndose con esperanzas y con pláticas á los dos papas, al verdadero, que era Eugenio IV., y al nombrado por el concilio de Basilea, que era Felix V., sin decidirse por ninguno de ellos, para tener en respeto al uno con el otro, y poder adherir al que mas le conviniese. Dueño ya de Nápoles, se resolvió por la concordia y confederacion con Eugenio bajo las condiciones siguientes: que habria perpétua y firme paz entre el papa y el rey, con olvido y remision de todas las injurias pasadas; que Alfonso reconocería al papa Eugenio por único, verdadero y dudoso pastor universal de la Iglesia, y el papa daría al rey la investidura del reino de Nápoles, confirmando la adopcion que de él habia hecho la reina Juana, con cláusula de que no obstase haber adquirido y conquistado el reino por las armas; que el pontífice Eugenio expediría bula de legitimacion al infante don Fernando hijo del rey, habilitándole para suceder en aquellos reinos, y dándole el gobierno de las ciudades de Benevento y Terracina, y que el rey emplearía las fuerzas suficientes para cobrar las tierras de la Iglesia que el conde Sforza tenia ocupadas en la Marca (julio, 1443). De esta manera, al cabo de veinte y dos años de lucha recibia el rey de Aragon del gefe de la Iglesia la

clarado del infante don Fernando cuando sucedió en el reino, decia que no era hijo de Alfonso, sino de un hombre bajo y de vil condicion. Otros piensan que le tuvo de doña

Margarita de Híjar, dama de la reina (Zurita, Anal., lib. XIV., capítulo 35); de este parecer es el señor Bofarull, Condes de Barcelona, tom. II., pág. 315.

sancion legal de derecho al trono y reino de Nápoles que acababa de hacer prevalecer con las armas.

En cumplimiento de este pacto pasó el rey á la Marca contra el conde Sforza, y arrancó de su poder para restituirlas al papa aquellas antiguas posesiones de la Iglesia, á pesar de los requerimientos que le hizo el duque de Milan para que respetara al conde Francisco su yerno, á quien habia acogido bajo su proteccion y defensa. No era cosa fácil entenderse con aquellos príncipes italianos, enemigos ayer y aliados hoy, amigos hoy para ser adversarios mañana. Participando de esta inestabilidad el de Milan, que habia sido el mas constante enemigo de Sforza y el mas consecuente aliado y auxiliar del rey de Aragon, ó porque temiese ya el excesivo engrandecimiento de éste, ó porque tal fuese la índole y carácter de la política italiana, no se contentaba ya con favorecer al de Sforza, sino que hizo confederacion y liga con la señoría de Venecia y con los comunes de Florencia y Bolonia escluyendo de ella al papa y al rey de Aragon, so pretexto de haber sentado por base la eliminacion de todo el que estuviera constituido en mayor dignidad que ellos, é intimando y notificando al aragonés que desistiese de la guerra que hacia en la Marca al conde Francisco Sforza, y que hiciese tregua con los genoveses. A esto último accedió el rey don Alfonso, y en su virtud se asentó la tregua, y aun se hizo una especie de concordia, en que la señoría de Gé-

nova prometió presentar al rey en cada un año una fuente de oro, ó bien una copa redonda, en señal de honor y en reconocimiento de adhesion y benevolencia (abril, 1444). Con respecto al conde Sforza, sin desistir el rey de la empresa de la Marca, pero queriendo al propio tiempo evitar un rompimiento con el de Milan, á quien no acertaba á tratar sino como á antiguo amigo ni á mirar sino como á un padre, dirigiale amorosas reflexiones, preguntábale cuáles eran sus intentos para no discrepar de él si posible fuese, hacfale prudentes proposiciones para el caso en que Sforza se redujese á la obediencia del papa, y señalábale otros caminos para fundar una paz segura en el reino, dispuesto siempre á ayudarle y complacerle; mas á pesar de sus esfuerzos no podia obtener del de Milan una contestacion satisfactoria.

Sobrevino en tal situacion al rey don Alfonso, hallándose en Puzol, una enfermedad tan grave que llegó á publicarse en Nápoles que habia muerto, moviéndose con esta noticia tales alteraciones en aquella ciudad que ya los aragoneses y catalanes no cuidaban mas que de salvar sus personas y bienes en los castillos. Restablecido felizmente el rey, acabó de comprender en aquella ocasion la inconstancia de los barones italianos y lo poco que podia fiar de los naturales de aquel reino. Disimuló, sin embargo, cuanto pudo, y procuró asegurar la sucesion de aquel estado en el duque de Calabria su hijo, enlazándole con la

familia mas poderosa de él, que era la del príncipe de Tarento. Trató, pues, su boda con Isabel de Claramonte, hija de Tristian, gran privado del rey Jacobo de la Marca, y de Catalina Ursino, hermana del de Tarento; é hizo que el papa otorgase las bulas de legitimacion é infeudacion, si bien el pontífice quiso que se tuviesen secretas por entonces, y no fueron entregadas al rey hasta el año siguiente.

No podia haber paz en aquellas regiones, ni cesaban los príncipes y barones italianos de suscitar embarazos al rey de Aragon. Mientras las fuerzas reunidas del duque de Milan y del conde Sforza atacaban y vencian las tropas de la Iglesia con prision de su gefe el capitán Picinino, el monarca aragonés tuvo que hacer la guerra al marqués de Cotron, que se le habia rebelado tan obstinadamente que ni amenazas ni promesas bastaban á hacer que se diese á partido. Don Alfonso se fué apoderando de sus estados, y por último cercó al marqués y á la marquesa en su castillo de Catanzaro y los redujo á tal estrechez que al fin hubieron de rendirse. El rey les hizo gracia de la vida, los privó de su estado y los envió á Nápoles, donde vivieron muchos años miserablemente (1445).

Llegó ya el caso de que se tratára entre el papa y el rey de Aragon de la paz universal de Italia, que ambos apetecian, entre otras muchas razones, porque el primero despues de tantos años de guerra veia perdidos otra vez los estados eclesiásticos de la Marca de

Ancona, y el segundo, porque aunque parecía asegurado en la posesion del reino de Nápoles, la continua inquietud de los estados italianos ni le permitia venir á Aragon, ni atender desde allá convenientemente á las contiendas y guerras que sus hermanos don Juan y don Enrique continuaban sosteniendo contra don Juan II. de Castilla, y que iban en aquel tiempo de mal en peor para los infantes aragoneses. Enviáronse, pues, mutuamente embajadores el papa Eugenio y el rey don Alfonso para concertar los medios de la paz; pero ofrecíanse dificultades graves, no solo por parte de las diferentes potencias y principados de Italia, sino tambien entre ellos mismos, ya sobre los términos y cláusulas de las bulas de infuendacion de los reinos de Nápoles y Sicilia, ya sobre la autoridad que habian de tener los decretos del concilio de Basilea desde el tiempo en que el pontífice le trasladó á Ferrara y quedaron los embajadores de Aragon y de Castilla en Basilea y estuvo el rey apartado de la obediencia del papa. Asi fué que durante estos tratos de tal manera se apercebían y preparaban todas las naciones y todos los príncipes, que podia dudarse si se disponían á una paz ó se disponían á una guerra general. En esto el duque de Milan, ya por congraciar al rey de Aragon, ya por la ventaja que á él habia de resultarle, le escitaba á que sojuzgase la ciudad y el comun de Génova; propuesta á que se negó don Alfonso, no solo por contraria á la general concordia á que

intentaba traer los príncipes italianos, sino porque conocia bien cuán aborrecida era en Génova la dominacion de los aragoneses y catalanes. Mas no pudiendo desprenderse de sus antiguas afecciones al milanés ni olvidar sus anteriores servicios, como supiese que los venecianos le habian tomado el condado de Cremona y amenazaban no parar hasta las puertas de Milan, le envió generosamente sus galeras, con recado de que si no era bastante aquel socorro haria todo lo demas que fuese menester hasta poner de nuevo en peligro su persona por él y por su estado. Con la propia generosidad socorrió al papa contra el conde Sforza y los florentines, hasta obligar á estos á enviarle sus embajadores y mover pláticas de concordia. De suerte que el rey de Aragon al propio tiempo que era el amparo de los príncipes de Italia en sus conflictos, cumplia y desempeñaba de este modo su doble papel de pacificador general (1446).

Asi las cosas, vino á darles nuevo rumbo la muerte del papa Eugenio IV. ocurrida al año siguiente (23 de febrero, 1447), y la elevacion á la cátedra pontificia del cardenal de Bolonia con el nombre de Nicolás V. tan desnudo de ambicion como amante de la paz, por la cual trabajó desde luego y envió con este fin sus legados al concilio de Ferrara. Por su parte el rey de Aragon dió tambien un gran testimonio de su deseo de contribuir á la pacificacion general, recibiendo en su gracia al conde Francisco Sforza, que habia sido

su mas terrible y tenaz enemigo, y dándole mando en su ejército, todo de acuerdo con el duque de Milan á quien en esto se propuso complacer, para que guerrease con los venecianos y florentines, únicos que parecía ya estorbar el proyecto de universal pacificación. Todo conspiraba entonces á engrandecimiento de don Alfonso de Aragon y al aumento de su poder é influjo, aun contra su propia voluntad. Por mas que él con admirable prudencia y raro desinterés se habia opuesto á lo que el duque de Milan pensaba hacer en su favor, éste, por uno de aquellos caprichos difíciles de definir, se empeñó en nombrar al rey de Aragon heredero universal de sus estados, y así lo dispuso en su testamento, dejando solamente á su hija única Blanca María, muger de Francisco Sforza, la ciudad y condado de Cremona. A la muerte del duque, que sucedió á poco tiempo (agosto, 1447), hubo gran movimiento en Milan, poniéndose en armas los diferentes partidos, y no saliendo en él bien librados los de la nacion catalana, que con este nombre se designaba allí á catalanes y aragoneses.

Don Alfonso, que se hallaba hacia ocho meses en Tívoli con objeto de atender mas de cerca á las repúblicas enemigas, comprendió en su recto juicio la grande oposicion que habria de hallar para posesionarse de aquel estado, ya por la tendencia de sus naturales á la independencia, ya por los celos de las demas naciones, y suponía que ni la Santa Sede, ni las

demas potencias de Italia, ni los soberanos de Alemania y de Francia habian de llevar á bien y tolerar fácilmente que un príncipe que disponia de reinos tan vastos y tan poderosos en España y que reunia las coronas de las dos Sicilias, fuese tambien señor del Milanesado.

Por eso, en vez de mostrar impaciencia por posesionarse del señorío de Milan que por el testamento del duque Filipo María Visconti habia heredado, y menos si para ello habia de tener que valerse de la fuerza, partió de Tívoli, y tomando la via de Toscana envió desde allí sus embajadores á los milaneses diciéndoles con mucha prudencia y comedimiento que su intencion no era otra que obrar con su acuerdo y beneplácito, y ayudarlos y defenderlos contra sus enemigos y contra todos los que intentasen turbar la paz de su estado. Y como las dos repúblicas de Venecia y Florencia, desoyendo las nobles escitaciones de Alfonso á la paz universal, se ligasen para ocupar la Lombardia y repartírsela, determinó reprimir su insolencia y comenzó la guerra contra los florentines, que eran los mas vecinos. Contrariado el conde Sforza al mismo tiempo por milaneses, florentines y venecianos, propuso al rey de Aragon venir á concordia con él con tal que no le pusiese embarazo en la sucesion del estado de Milan, y como Alfonso no ambicionaba la posesion de aquel señorío por la general oposicion que le habria de suscitar, convino en ello